



INDIVIDUALISMO Y PSICOLOGIA SOCIAL (1)

J. FRANCISCO MORALES (2)
UNED

Resumen

El individualismo mantiene una relación compleja con la Psicología Social. Por una parte, representa el blanco de muchas de las críticas dirigidas a la disciplina. Por otra, sobre todo en los últimos años, ha sido uno de sus objetos de estudio preferidos. Sin embargo, la visión del individualismo que se maneja en ambos casos es excesivamente limitada. Para que el estudio del individualismo redunde en un progreso de la Psicología Social, se sugiere una ampliación de su horizonte cultural. En este trabajo se describen algunas aportaciones significativas al estudio del individualismo por parte de la filosofía moral, de los estudios sociológicos sobre el proceso de individualización y de un conjunto de líneas de investigación psicológica sobre los fundamentos individuales de la interdependencia. Se ponen de relieve las consecuencias negativas para la disciplina de menospreciar estos desarrollos, a la vista de su potencial contribución a la comprensión de problemas psicosociales teóricos y prácticos.

Palabras clave: individualismo, individualización, interdependencia

Abstract

Individualism has become a popular notion within Social Psychology. Though portrayed as individualistic by many authors and severely criticized on these grounds, this discipline has chosen individualism as one of its preferred topics of study. Unfortunately, however, the prevalent psychosocial view of individualism is rather limited. It seems that a condition 'sine qua non' for a deeper understanding of this phenomenon is the adoption by Social Psychology of a wider cultural horizon of study. This paper is a step forward in this direction. Three major developments in the study of individualism outside Social Psychology are presented and briefly discussed: a) the moral philosophy approach, b) the sociological studies of the process of individualization, and c) a set of psychological lines of research which uncover the individual underpinnings of interdependence. Finally, the intellectual implications of these three developments for Social Psychology are indicated.

Key words: individualism, individualization, interdependence

¹ La realización de este trabajo ha sido posible gracias a la ayuda financiera concedida por la Dirección General de la Investigación Científica y Técnica al proyecto de referencia PB94-0387: 1995-1998.

² Dirección del autor: J. Francisco Morales, Dpto. de Psicología Social, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Ciudad Universitaria s/n, 28040 Madrid. E-mail: <jmorales@psi.uned.es>

Introducción

Individualismo y Psicología Social son viejos compañeros de viaje. Afirmaciones del tipo 'el grupo es una falacia, lo único que existen son los individuos' o 'no hay una psicología de grupo que no sea esencial y enteramente una psicología de los individuos' han acompañado a la Psicología Social prácticamente desde sus inicios. Se pueden encontrar, en concreto, en las publicaciones de Floyd H. Allport (1924a, 1924b), acompañados por una amplia serie de argumentos para fundamentarlas. La obra de este autor ha tenido una gran difusión: recientemente se reeditó su manual de 1924 y en 1985 se tradujo al castellano su trabajo sobre la 'falacia del grupo'. Está fuera de duda su pertenencia a la corriente dominante de la Psicología Social estadounidense y su influencia dentro de la disciplina, si bien con altibajos a lo largo del tiempo, nunca desapareció por completo.

Esto no quiere decir que todos los psicólogos sociales hayan aceptado sus tesis individualistas. S.E. Asch, uno de los autores más prestigiosos e influyentes, las criticó severamente en su conocido manual (1952, versión castellana de 1972). La oposición de Asch al individualismo de F.H. Allport es total y obedece a dos razones fundamentales. En primer lugar, rechaza el postulado individualista según el cual se pueden estudiar las 'funciones psicológicas fundamentales de los individuos sin hacer referencia a los factores sociales'. Muy al contrario, dirá Asch, resulta imposible llegar a conocer 'los hechos y principios de la acción social' sin realizar observaciones de las condiciones sociales en las que tienen lugar (1972, p. 46).

En segundo lugar, considera totalmente inexacto afirmar, como lo hace F.H. Allport (1924a, p. 3), que 'el comportamiento social comprende los estímulos y reacciones que surgen entre un individuo y la porción social de su ambiente, este es, entre el individuo y sus congéneres (y que) ... la significación del comportamiento social es exactamente la misma que la del no social'. Una de dos, o se mantiene la tesis individualista, o se habla de acontecimientos sociales, pero no desde luego las dos cosas al mismo tiempo, ya que la tarea de la Psicología Social estriba precisamente en 'comprender la distinción y la inseparabilidad entre grupo e individuo' (Asch, 1972, p. 251 y 261). El manual de Asch es un intento de romper el individualismo de F.H. Allport en varios frentes.

Más recientemente, J.C. Turner (1987, pp. 10-12), en su propuesta de 'redescubrir el grupo social', pone el acento en los errores cometidos por F.H. Allport al abrazar el individualismo. Le acusa de ignorar la nueva realidad que surge cuando una persona entra a formar parte de un grupo, de pasar por alto que ello implica la aparición de nuevos procesos psicológicos, de ser incapaz de comprender que el grupo no es sólo una realidad y un hecho social (indudablemente es ambas cosas), sino también una realidad psicológica, ya que define funciones psicológicas irreductibles al ámbito puramente individual. Y esto no es lo peor. Lo peor es, según Turner (1999, pp. 4-5), que la posición de Allport revela, en última instancia, una apuesta por una doctrina extrema, el individualismo, que trae como consecuencia el reduccionismo del objeto de la Psicología Social y condena a ésta a la futilidad teórica y empírica.

En 1986, al realizar un estudio histórico sobre la aportación de F.H. Allport a la Psicología Social, Graumann la sintetiza en una fórmula lapidaria: la contribución de este autor es una 'individualización de lo social y una desocialización de lo individual'. Y, a pesar de lo certero de esta fórmula, sería exagerado, a nuestro juicio, atribuir el individualismo detectable en la elaboración teórica y la investigación empírica de la Psicología Social a un solo autor, por más que se trate de alguien tan importante e influyente como F.H. Allport. En una revisión de la evolución del estudio de los grupos dentro de la disciplina (Morales, 1996, especialmente pp. 24-26), se detecta una fuerte corriente individualista que sobrepasa los límites de la orientación conductista (la representada por Allport y sus seguidores) y se extiende a la psicoanalítica y a la de cognición social. Al menos por lo que se refiere al estudio de los grupos, no es exagerado

afirmar que la Psicología Social adopta el individualismo por propia iniciativa. La posición de F.H. Allport parece ser un caso particular o una ilustración concreta de una tendencia de carácter general.

Esta es la línea de argumentación desarrollada por Pepitone en dos de sus trabajos (1976, 1981). Defiende que la Psicología Social pone el acento de forma casi exclusiva en 'procesos conceptualmente localizados dentro del individuo'. Consta, de forma complementaria, un menosprecio del estudio de la conducta normativa, de las clases y grupos sociales, del origen de los valores y creencias predominantes en la sociedad. Collier, Minton y Reynolds (1996, p. 451) señalan cómo Sampson (1977, 1978), recogiendo el relevo de la crítica de Pepitone, pone de relieve que la Psicología Social adopta el ideal estadounidense de 'individuo autosuficiente'. En opinión de Sampson, la sociedad estadounidense, al ensalzar lo individual, establece una separación artificiosa entre el individuo y la cultura. Considera que el primero es 'poseedor de todas las cualidades valoradas de la cultura' mientras que la segunda tiende a frustrar los intentos de 'autorealización individual' (1977, pp. 770 y 774). La Psicología Social estadounidense hereda este sesgo individualista y lo transmite luego al estudio de cuestiones como la androginia, la interacción entre profesor y alumno, el concepto de salud mental, la socialización, ciertos aspectos de la teoría de la equidad y el movimiento del grupo de crecimiento (véase Lubek, 1986, p. 58).

En trabajos posteriores, Sampson amplía y refina sus críticas al individualismo de la Psicología Social. Con respecto a la 'cognición social', señala que sólo muestra interés por procesos psicológicos individuales. Así, además de reflejar el sesgo individualista ya denunciado, la Psicología Social contribuye involuntaria, pero eficazmente, a la defensa del statu quo (Sampson, 1981). Al concebir los procesos cognitivos como algo fundamental e invariante, descarta la posibilidad de que resulten afectados por las interacciones entre personas y niega en la práctica que 'el pensamiento sea un producto social e histórico'. El enfoque adoptado para abordar los 'problemas sociales' contemporáneos adolece del mismo defecto. Lo habitual es intentar un cambio de las creencias y actitudes individuales, sin plantearse que tal vez sean las 'condiciones sociales objetivas' las que verdaderamente están necesitadas de un cambio.

En su teoría crítica, (Sampson, 1983, 1989) defiende que no existe el 'individuo autosuficiente', que su concepto es una mera ilusión. Siempre hay un contexto social e histórico al que todo individuo está conectado. Pero la función ideológica consiste precisamente en romper esa conexión, en separar al individuo de la sociedad, generando una creencia injustificada en el control personal con el fin de desactivar la posibilidad de la acción colectiva. Rappoport (1986, p. 181) alaba el trabajo de Sampson por haber contribuido a desvelar 'significados estructurales' de los conceptos teóricos de la Psicología Social.

El individualismo como arma arrojada

La exposición anterior ha puesto de manifiesto dos sesgos en que incurren los psicólogos sociales que utilizan la noción de individualismo para evaluar la Psicología Social en su conjunto (Pepitone y Sampson) o algunos de sus desarrollos (Asch y Turner). El primer sesgo consiste en recurrir al individualismo como etiqueta englobadora de aspectos muy diferentes entre sí. Por ejemplo, Asch considera individualista la concepción de la interacción como estímulo-respuesta. Por tanto, individualismo es igual a 'conductismo' psicológico. Pero, dotando a este término de un segundo sentido, el mismo autor denomina individualista una posición que defiende la necesidad de descomponer la realidad en sus elementos más simples. Ahora individualismo resulta idéntico a 'elementalismo'. Turner, por su parte, denuncia que el individualismo convierte el grupo humano en un mero nombre, haciéndolo sinónimo de 'nominalismo social'. Las concepciones de Pepitone y la de Sampson apuntan al individualismo como un ideal cultural, una especie de reivindicación de la autonomía del individuo frente a la sociedad. No existe, como

se ve, un concepto compartido de individualismo, sino más bien una lista de significados diferentes carentes de un referente común. Buena prueba de ello es que Asch y Turner condenan el individualismo y en eso coinciden con Sampson. Sin embargo, esa coincidencia no se extiende a las razones de la condena. Aquí aparece el segundo sesgo. En todos los autores citados, el individualismo tiene una connotación negativa. Asch y Turner critican sus consecuencias e implicaciones: desatención al verdadero significado de la interacción social e intentos de erradicar el concepto de grupo de la Psicología Social. Sampson y Pepitone, por su parte, añaden a esta crítica su trasfondo ideológico como factor que enmascara los intentos de defensa del statu quo.

El simplismo implícito en el primer sesgo sintoniza con la descalificación a la que aboca la negatividad sin paliativos del segundo. Broughton (1986, p. 156) da en el blanco al afirmar que el término 'individualismo' no está exento de ambigüedades pero que recibe habitualmente en psicología un tratamiento poco matizado. Refiriéndose en concreto a Sampson, señala que su abordaje del individualismo en Psicología Social es 'indiscriminado'. Utiliza como contraejemplo el trabajo de Waterman (1981), autor que, al estudiar los diversos significados del término 'individualismo', sortea el peligro de descalificaciones globales y evaluaciones puramente negativas y descubre que el individualismo no es incompatible con la interdependencia.

El individualismo como objeto de estudio de la psicología social

Los comentarios de Broughton parecen suscitar la siguiente pregunta: ¿qué pasaría si los psicólogos sociales, además de utilizar el individualismo como arma arrojada, decidiesen estudiarlo de manera directa y sistemática? En la actualidad se puede esbozar una respuesta gracias al estudio pionero de Hofstede (1980), cuyo proyecto HERMES investigó la posibilidad de establecer comparaciones entre culturas diferentes, encontrando cuatro dimensiones entre las que destaca una, que denominó Individualismo-Colectivismo.

En opinión de Fiske y cols. (1998, p. 946), el trabajo de Hofstede cae dentro de una estrategia de elaboración teórica conocida como 'tipológica o dimensional'. En esencia, consiste en intentar descubrir, primero, una serie o conjunto de facetas o aspectos básicos que han de poder ser definidos claramente en cualquier cultura. En el caso de Hofstede, dicha dimensión es Individualismo-Colectivismo. Una vez identificados los aspectos o facetas considerados clave, el segundo paso exige que se caractericen las diversas culturas en función de su presencia, ausencia o grado de intensidad. El proyecto HERMES de Hofstede parte del estudio de los empleados de una gran empresa multinacional (HERMES es su nombre en clave), presente en 40 países diferentes. En función de las respuestas de sus empleados a un Cuestionario de Objetivos de Trabajo, cada país recibe una puntuación en la dimensión Individualismo-Colectivismo. Tras la elaboración de un Índice de Individualismo, todos estos países se ordenan en una escala que va de 0 a 100 con su punto medio en 50.

Como suele suceder en la estrategia tipológica o dimensional, Hofstede introduce un contraste u oposición entre los dos extremos de la dimensión utilizada, es decir, entre Individualismo y Colectivismo. Al mismo tiempo, su unidad de análisis es la cultura en su conjunto, en este caso, el país. Según Fiske y cols. (1998, p. 946), el trabajo de Hofstede se encardina en una larga y venerable tradición de construcción de tipologías clasificatorias de sociedades. Entre ellas destaca, como una de las más conocidas, la de Marx, que oponía los sistemas capitalistas a otras formas de producción, pero sin olvidar a Maine (contraste entre la ley de status y la ley de contrato), a Morgan (societas vs. civetas), a Tönnies (Gemeinschaft vs. Gesellschaft), a Durkheim (solidaridad orgánica vs. mecánica), a Margaret Mead, que clasificó a las sociedades como competitivas, cooperativas o individualistas y a Redfield, creador del continuo popular-urbano, y otros muchos entre los que cabe citar a Dumont y a Douglas.

El esfuerzo de Hofstede no culmina con la clasificación de las culturas estudiadas a lo largo de la dimensión Individualismo-Colectivismo. Como señalan Fiske y cols. (1998, p. 946), lo que realmente interesa es descubrir qué otros aspectos 'de la cultura o de sus miembros están asociados con el principal contraste'. Tras una amplia serie de investigaciones, cabe concluir que el número de aspectos relacionados con la dimensión Individualismo-Colectivismo es muy elevado. Existen tres amplias revisiones de la literatura que así lo atestiguan, la de Markus y Kitayama (1991), la de Smith y Bond (1993) y la realizada por los autores que colaboran en el libro editado por Kim y cols. (1994). Aquí nos limitaremos a recoger algunos de los datos más representativos ofrecidos por estos autores y otros posteriores.

La contribución de Triandis (1994) en el libro de Kim y cols. (1994) enumera hasta 28 aspectos culturales asociados con la dimensión Individualismo-Colectivismo. Son los 'Atributos Definitivos de Alocéntricos e Idiocéntricos', es decir, de Colectivistas e Individualistas. Estos atributos poseen un cierto grado de organización interna, ya que se agrupan en torno a funciones psicológicas como el yo, las emociones, las cogniciones, las actitudes, los valores, la conducta social y los grupos. Por ejemplo, si predomina el Colectivismo, la obediencia a las normas vendrá dictada por un deseo de conformarse a las expectativas de los demás. En cambio, si se está cerca del polo del Individualismo, el seguimiento de la norma será una cuestión de cálculo racional y análisis coste-beneficio. Algo similar ocurrirá con las relaciones entre grupos, dado que en las culturas colectivistas las personas tienden a pertenecer a pocos grupos, están unidas a ellos por fuertes vínculos emocionales y su lealtad está garantizada. En cambio, en las individualistas lo más probable es que las personas pasen de unos grupos a otros buscando salvaguardar sus intereses, por lo que su deseo de sacrificarse por el grupo tiende a ser escaso.

Markus y Kitayama (1991, véase una evaluación crítica de este trabajo en Bond, 1998) realizan una revisión de obligada referencia. Partiendo también del análisis inicial de Hofstede, se centran en las relaciones entre 'Cultura y Yo'. Generan una estructura teórica en torno al constructo cultural de colectivismo, integrando muchos datos transculturales en tres importantes áreas de contenido, a saber, cognición, motivación y emoción. Su esquema de trabajo consiste en el establecimiento de una vinculación entre el colectivismo-individualismo de la cultura y la construcción del yo. Desde un punto de vista teórico, las culturas colectivistas son culturas que ponen el acento en la 'interdependencia'. Cabe esperar que enfatizan la construcción de un 'yo concreto con sus obligaciones específicas de rol'. Frente a ellas, las culturas individualistas tienden hacia la 'independencia' y lo más probable es que en ellas la construcción del yo sea 'abstracta y libre de situación'. Las autoras echaron mano de resultados de muchas investigaciones realizadas en Japón (cultura colectivista e interdependiente) y Estados Unidos (cultura caracterizada más bien por el énfasis en la independencia y el individualismo) para apoyar sus argumentos.

Bierbrauer y Pedersen (1996, pp. 412-413) informan de un estudio realizado por Bierbrauer en 1994 cuyos resultados son sumamente ilustrativos, ya que no se refieren estrictamente a funciones psicológicas del tipo de las estudiadas por Markus y Kitayama (1991), Smith y Bond (1993) o Triandis (1994), sino más bien al ámbito ideológico e institucional. El planteamiento de partida de Bierbrauer era que el colectivismo o individualismo de la cultura afecta también a las 'funciones y componentes percibidos de la ley y del sistema legal'. Para contrastar su hipótesis estudió personas residentes en Alemania y pertenecientes a diversos grupos culturales, en concreto, kurdos y libaneses, y las comparó con ciudadanos alemanes. Comprobó, en primer lugar, por medio de la aplicación de una escala de elaboración propia (Bierbrauer, Meyer y Wolfradt, 1994) que, efectivamente, los ciudadanos alemanes eran menos colectivistas que los kurdos y los libaneses. Pero de mayor interés fueron los resultados que mostraban la posición de estos tres grupos en una serie de aspectos institucionales y legales. En concreto, las personas que pertenecían a culturas colectivistas (es decir, kurdos y libaneses) mostraba una mayor

inclinación a seguir las 'normas de la tradición y de la religión', eran menos favorables a someter las disputas familiares a la ley y al estado y se decantaban por procedimientos informales con personas del endogrupo como mediadores. Por último, tras la violación de una norma, sentían más vergüenza.

En líneas generales, cabe extraer una doble conclusión de los estudios que se han centrado en la dimensión Individualismo-Colectivismo como forma de establecer comparaciones culturales. La primera se refiere a la extraordinaria acogida obtenida por esta dimensión en el ámbito de los estudios transculturales. Sin lugar a dudas, en los últimos años ha sido la más utilizada por los autores que se dedican al estudio de las comparaciones entre culturas. La segunda conclusión se refiere a la forma en que ha sido comprendida e interpretada. En esencia, la mayoría de los autores consideran que la oposición entre los dos extremos de la dimensión (es decir, el Individualismo y el Colectivismo) encubre una tensión más básica entre el yo y el endogrupo. Así, cuando afirman que una cultura se orienta hacia el Individualismo (o en su caso, hacia el Colectivismo), están dando a entender que intenta resolver la tensión yo-endogrupo a favor del yo (o en su caso, a favor del endogrupo). En el trabajo de Triandis (1994) ya citado, se puede apreciar esto con toda claridad cuando se comparan los Atributos que definen a los Alocéntricos o Colectivistas con aquellos que definen a los Idiocéntricos o Individualistas. De forma similar, desde la perspectiva de Markus y Kitayama, hay culturas de yo interdependiente (su término para denominar las culturas colectivistas) y culturas de yo independiente (o individualistas). En las primeras, pero no en las segundas, la tensión yo-endogrupo se resuelve, por así decir 'a priori'. En efecto, el yo interdependiente, al contrario que el independiente, impide que la persona pueda distanciarse psicológicamente de su endogrupo.

Complejidad de los resultados empíricos

Tras equiparar cultura individualista con predominio del yo sobre el endogrupo, pocas cosas resultan más fáciles que subrayar y criticar los aspectos socialmente negativos del individualismo. Un ejemplo revelador de esta forma de proceder lo ofrece Brewster Smith en su alocución presidencial a la APA en 1978: 'La versión individualista del yo que ha caracterizado nuestra tradición occidental desde el Renacimiento, y que nosotros, los estadounidenses, incluso hemos conseguido exagerar, cada vez resulta menos adecuada para satisfacer las exigencias de la supervivencia en una interdependencia inevitable' (citado en Waterman, 1981, p. 762). Para Brewster Smith el individualismo es 'egocentrismo, atomismo, narcisismo, alienación', algo fundamentalmente 'contrapuesto a la interdependencia cooperativa'. Cree que las personas en las culturas individualistas se caracterizan por su incapacidad para actuar cooperativamente, incluso cuando han de responder a problemas y desafíos comunes.

Antes de dar por bueno el análisis de Brewster Smith y seguir adelante, resultará, sin duda, ilustrativo realizar un examen cuidadoso de la evidencia empírica favorable a la tesis que equipara individualismo y predominio del yo sobre el endogrupo. Son varios los autores que han detectado resultados contradictorios y otras limitaciones de los estudios relevantes (algunos se han resumido en párrafos anteriores). En concreto, se ha señalado (véase Bond, 1998) que la investigación paradigmática de Markus y Kitayama (1991), al limitar la comparación a sólo a dos culturas (Japón y Estados Unidos), no contrasta adecuadamente la hipótesis de la vinculación entre el colectivismo-individualismo de la cultura y la construcción del yo. Como señala Bond (1998, p. 146), una contrastación de una hipótesis cultural, para ser adecuada, ha de basarse en más de dos culturas. Es el recurso a más de dos grupos culturales lo único que ayuda a eliminar explicaciones alternativas. La hipótesis que vincula colectivismo-individualismo de la cultura y construcción del yo se derrumbó cuando autores posteriores decidieron someterla

a una contrastación más dura. Watkins y cols. (1995, citados en Bond, 1998, pp. 146-147) estudiaron el uso de categorías para el concepto de yo a partir de protocolos del TST obtenidos en nueve muestras comparables diferentes, cinco de las cuales procedían de culturas colectivistas y cuatro de culturas individualistas. No encontraron ningún tipo de diferencias en la dirección pronosticada por Markus y Kitayama. Bond (1998, p. 147) utiliza los resultados de este estudio de Watkins y cols. para llamar la atención sobre lo que denomina 'cierre teórico prematuro'.

También ha de considerarse como limitación importante de esta línea de investigación la adopción de un presupuesto nunca o raramente sometido a examen, en concreto, que una cultura es internamente homogénea con respecto a su individualismo o Colectivismo. Es abundante la evidencia empírica que desmiente este presupuesto. Semin y Rubini (1990), por ejemplo, encontraron diferencias dentro de Italia entre las personas procedentes del Norte y las originarias del Sur. Su estudio se centró en el lenguaje característico de unas y otras y, más en concreto, en los tipos de insultos más frecuentemente utilizados. Encontraron diferencias de lenguaje notables que, además, parecían guardar una estrecha relación con la tendencia individualista de las personas del norte y la orientación más bien colectivista de los meridionales. En el volumen editado por Kim (1994), varios trabajos ponen asimismo de manifiesto que la homogeneidad interna no siempre se produce. Mishra (1994) encuentra diferencias en Individualismo-Colectivismo dentro de la sociedad india en función de variables sociodemográficas. Cha (1994), trabajando con muestras coreanas, informa de diferencias en Individualismo-Colectivismo en función de la edad. En su estudio, en el que se controlaban estadísticamente el género, la educación y el habitat, las personas de mayor edad (la generación de padres) mostraban una orientación colectivista mucho más acusada que las personas jóvenes (la generación de hijos). Bierbrauer y cols. (1994) encuentran mayor colectivismo entre inmigrantes que llevan poco tiempo residiendo en Alemania que en inmigrantes de la misma nacionalidad con varios años de residencia. En la misma línea están los resultados del trabajo de Cialdini y cols. (1999). El mentís al presupuesto de la homogeneidad cultural absoluta afecta, lógicamente, a la expectativa de homogeneidad en el resto de aspectos relacionados.

Una tercera limitación la constituyen los resultados obtenidos con el Paradigma de Grupo Mínimo (véase su descripción detallada en Bourhis y cols., 1996). Se trata, en realidad, de un procedimiento experimental estrechamente asociado a la Teoría de la Identidad Social. En esencia, demuestra que las personas exhiben conductas de discriminación a favor del propio grupo y en contra de un grupo diferente en una condición socialmente 'mínima', en la que no hay interacción presente ni previsión de que la vaya a haber en el futuro y en la que las personas participan en la experiencia completamente solas sin posibilidad de ver a los otros participantes. Basta, sin embargo, con que se induzca experimentalmente la 'categorización' (diciendo, por ejemplo, 'pertenece Vd. al grupo A'), para que surja la conducta discriminatoria. Este resultado, conocido como 'favoritismo grupal mínimo' o 'sesgo endogrupal', se considera evidencia del proceso de identidad social y también de la formación de grupo (véase Turner, 1981). Ahora bien, según Hinkle y Brown (1990), el 'favoritismo endogrupal mínimo' no debería aparecer ni en las culturas individualistas ni tampoco en las personas con orientación individualista. En efecto, si el individualismo 'no es más que' el predominio del yo sobre el endogrupo, en una situación que impide el beneficio personal el proceso de identidad social no se debería desencadenar ni se debería producir la formación de grupo. Lo cierto es que la evidencia empírica confirma que el resultado típico del 'Paradigma del Grupo Mínimo', en contra de la interpretación de Hinkle y Brown (1990), es un resultado culturalmente 'robusto', que aparece prácticamente en todas las culturas. Además, no se han encontrado diferencias entre personas cercanas al polo del individualismo y las alejadas de dicho polo (véase Morales y cols., 1998).

Las limitaciones anteriores surgen del examen del propio corpus empírico de los estudios destinados a contrastar hipótesis sobre los aspectos asociados a la dimensión individualismo-Colectivismo. En conjunto, parecen aconsejar un progreso hacia visiones más matizadas del individualismo al mismo tiempo que un alejamiento de afirmaciones como la anteriormente citada de Brewster Smith. A tenor de las limitaciones señaladas, el principal problema de este tipo de afirmaciones no parece residir en el pesimismo o derrotismo que intentan transmitir sino en el simplismo de su concepción subyacente del individualismo.

Visiones del individualismo

La concepción del individualismo como algo con consecuencias negativas para la sociedad forma parte del pensamiento occidental. Así lo reconoce Waterman (1981, pp. 762-763) que detecta tres visiones diferentes del individualismo vigentes en la actualidad y a las que, por regla general, se les atribuyen consecuencias sociales negativas: a) individualismo como 'competición falta de escrúpulos', concepción de Hobbes, visible también en la doctrina del darwinismo social; b) individualismo como propuesta de un ideal de persona 'autocontenida, autosuficiente y, por tanto, aislada'; la renuncia a solicitar ayuda de otros para no contraer obligaciones y a prestarles apoyo para evitar alejarse de los propios objetivos es algo que se encuentra en los escritos de John Locke y de Nietzsche; c) individualismo como causante de un 'estado de alienación de la sociedad e incluso de uno mismo'; la búsqueda denodada del propio interés induce a tratar a los demás como objetos; concepción que se remonta a Marx y de la que también Sartre puede considerarse representante.

Según Waterman (1981), empeñarse en ver la sociedad actual exclusivamente desde la perspectiva de estas tres visiones negativas es abonarse a una imagen distorsionada. Supondría pasar por alto dos aspectos importantes. El primero, que la investigación psicológica ha descubierto valores individualistas con consecuencias beneficiosas para la sociedad, tales como 'la autorealización, locus interno de control, razonamiento moral basado en principios', entre otros. El segundo, que individualismo e interdependencia no tienen por qué ser incompatibles. En otras palabras, la idea que pretende transmitir Waterman (1981) a través de su trabajo es que no hay ninguna razón para que el pensamiento occidental promueva sólo visiones 'negativas' del individualismo, ya que la investigación psicológica ha descubierto efectos del individualismo beneficiosos para la sociedad y compatibles con la interdependencia entre las personas. Pero antes de examinar las ideas de este autor, haremos un breve inciso para mostrar una concepción del individualismo que se sitúa en las antípodas de las tres que se resumen al principio de este apartado. Se trata de la visión del individualismo de Oscar Wilde.

En 1891 Oscar Wilde publicó un trabajo en la 'Fortnightly Review' (reimpreso en 1986) titulado 'El alma del hombre bajo el socialismo'. En él expone su concepción del individualismo. Para empezar, señala que el socialismo y el individualismo están estrechamente unidos. De hecho: 'la principal ventaja que sobrevendría del establecimiento del socialismo es, sin duda, el hecho de que el socialismo nos liberaría de esa sórdida necesidad de vivir para otros lo que, en el estado actual de cosas, ejerce una presión tan intensa sobre todos nosotros'. En otras palabras, 'el socialismo en sí mismo considerado tendría valor sencillamente porque nos conduce al individualismo' (1986, pp. 19-20).

Por desgracia, sigue diciendo el autor, no es fácil encontrar individualismo en la sociedad. Más bien, al contrario, 'en la actualidad, ... son muchas las personas a las que sólo se les permite alcanzar un grado muy limitado de individualismo'. Esto es sumamente desafortunado, ya que, para mejorar nuestra situación social, 'lo que se necesita es individualismo' (1986, p. 21). Frente a la creencia general, el individualismo mantiene una relación inversa con el predominio de la

propiedad privada, por lo que incurriría en un grave error quien considerara que ambas son equivalentes: 'la propiedad privada ha aplastado el verdadero individualismo, y dio origen a un individualismo que es falso'. La razón es que 'la verdadera perfección del ser humano reside, no en lo que tiene, sino en lo que es' (1986, p. 25).

Y resulta que el individualismo forma parte de la naturaleza misma del ser humano: 'surge de forma natural e inevitable del ser humano. Es el punto al que tiende todo desarrollo. Es la diferenciación hacia la que crecen todos los organismos. Es la perfección inherente a toda forma de vida y lo que las hace revivir a todas. Y es así como el individualismo no ejerce coacción sobre el ser humano. Por el contrario, le dice a éste que no debería permitir que sobre él se ejerza ningún tipo de coacción. No trata de obligar a las personas a comportarse bien. Sabe que las personas se comportan bien cuando se las deja solas. El ser humano desarrolla el individualismo desde dentro. El ser humano está ahora mismo desarrollando así el individualismo. Preguntar si el individualismo es práctico es como preguntar si la Evolución es práctica' (1986, pp. 48-49).

Nuestra sociedad actual opone múltiples obstáculos al desarrollo del individualismo. El autor expresa esta idea agudamente: 'el mundo odia el individualismo'(1986, p. 28) y manifiesta su pesar ante el hecho de que 'la sociedad deba ser construida a base de obligar al ser humano a seguir un surco en el que no puede desarrollar libremente lo que en él existe de maravilloso, fascinante y placentero - un surco, en el que, de hecho, pierda toda posibilidad de alcanzar el verdadero placer y alegría de vivir' (1986, p. 25). El individualismo, por tanto, es más algo que se desea, o a lo que se aspira, que algo plenamente realizado. Sólo se alcanzará tras una larga y dura lucha. La 'abolición de las cortapisas legales' también es necesaria para conseguir 'una forma de libertad que ayude al desarrollo de la personalidad' (1986, pp. 28-29).

Nada tiene de extraño que Wilde, de nuevo frente a la creencia general, disocie individualismo y egoísmo: 'En el individualismo también está ausente el egoísmo ... El egoísmo consiste en no vivir como se desea vivir, es lo que ocurre cuando alguien pide a otras personas que vivan como ella desea vivir. Y la ausencia de egoísmo consiste en dejar en paz las vidas de los demás, en no interferir con ellas'(1986, p. 49). 'Pensar en uno mismo no es ser egoísta. Una persona que no piensa en sí misma no piensa en absoluto ... Bajo el individualismo las personas serán perfectamente naturales y completamente faltas de egoísmo y conocerán los significados de las palabras y las harán reales en sus vidas libres y hermosas ... Cuando el ser humano haya convertido el individualismo algo real, también hará real la afinidad entre personas y la ejercerá de manera libre y espontánea' (1986, pp. 49-50).

La conclusión a extraer de estas citas de Wilde no puede ser otra que la de reconocer que en el pensamiento occidental existen visiones del individualismo no subsumibles bajo un epígrafe de 'consecuencias negativas para la sociedad'. Esto nos introduce en el concepto de 'individualismo ético'.

El individualismo ético

El 'individualismo ético', según la concepción de Waterman (1981, p. 764), se refiere al respeto por los demás en la búsqueda del propio interés. Perseguir los propios objetivos no implica necesariamente pasar por alto u olvidar 'las necesidades y valores de los demás'. Son cuatro, según Waterman (1981), los pilares sobre los que se asienta, a saber, el 'eudemonismo', la libertad de elección, la responsabilidad personal y la universalidad.

El 'eudemonismo' hace referencia a los intentos de muchas personas por vivir de acuerdo con su 'verdadero' yo (daimon), por conseguir que se conviertan en algo real tanto aquellos potenciales que comparten con otros seres humanos como los que les son singulares y propios.

Dentro de la psicología, han prestado atención a ese ideal de perfección las obras de Erikson y Maslow y, como señala la doctrina filosófica del estoicismo, los medios habituales para alcanzarlo son la austeridad y el ascetismo. 'La propia aceptación no se consigue sin costes' (Waterman, 1981, p. 764).

Libertad de elección y responsabilidad personal van íntimamente unidas. La primera implica el no sometimiento a presiones coercitivas impuestas por los demás. Es el primer requisito de la decisión voluntaria de cooperar con otros en la persecución de objetivos comunes. Una sociedad, señala Nozick (1974), distará mucho de ser ideal si en ella las personas carecen de libertad para elegir las asociaciones a las que desean pertenecer. De forma complementaria, sólo una persona que cree tener libertad para tomar sus propias decisiones podrá experimentar sentido de responsabilidad. Waterman (1981, p. 764) apunta a la íntima relación entre estas ideas y la importancia concedida por Erikson a la 'autonomía' y pone de relieve cómo una serie de investigaciones psicológicas han desvelado el papel beneficioso que sobre el bienestar psicológico de las personas ejercen la percepción de la causación personal y de la propia responsabilidad. Finalmente, donde el individualismo alcanza su auténtica dimensión ética es en el principio de universalidad, que significa sentir 'respeto por la integridad de los demás' y reconocer que todas las personas tienen derecho por igual a conseguir sus objetivos personales.

Ideas con efectos similares para la comprensión del individualismo han sido expuestas recientemente por Muguerza (1998). Los agentes de la moralidad han de ser siempre seres humanos individuales (1998, p. 18), por lo que los juicios sobre el orden moral han de referirse siempre a individuos. El individuo nunca puede disolverse en una comunidad. La prueba es que con cierta frecuencia las comunidades se sienten incapaces de ir más allá de su propio horizonte cultural y tienden a convertirse en 'sociedades cerradas'. En estos casos, son los individuos y los grupos de individuos inconformistas los únicos capaces de contribuir desde dentro a acabar con esa cerrazón (1998, p. 20). La historia nos enseña cómo con demasiada frecuencia los individuos han tenido que enfrentarse a instituciones sociales que no resultaron ser merecedoras de confianza. Muguerza (1998, p. 28) trae a consideración el lema de Rudolf von Ihering 'Lucha por tus derechos', dando a entender que 'sólo la lucha por los propios derechos conseguirá que éstos sean efectivos'. En esta misma línea, la historia de la conquista de los derechos humanos se puede describir con propiedad como una historia escrita por individuos y grupos de individuos disidentes. El principio ético de los vasos comunicantes refuerza la idea anterior: la subjetividad moral no admite gradaciones. Cualquier derecho humano disfrutado por un individuo puede ser reclamado por cualesquiera otros. En su traducción sociológica (véase Muguerza, 1998, p. 37), el principio recibiría la formulación siguiente: una vez que un individuo haya sido obligado a vivir por debajo de ese umbral de humanidad que hace iguales a todos los seres humanos, nadie podrá albergar ya la seguridad de poder disfrutar de los derechos humanos.

Existen, según Camps (1993), varias paradojas en relación con el individualismo. Una de ellas es la oposición entre la visión positiva y la negativa del individualismo. Por una parte, se considera deseable la 'afirmación del individuo autónomo e independiente', en lo que tiene de 'expresión de humanidad auténtica' y de 'autonomía moral'. En este sentido, aspectos como la individualidad, la autonomía, la humanidad y la pluralidad son criterios que contribuyen poderosamente a definir la calidad de la vida humana. Pero, por otra parte, se tiende a rechazar a ese individuo que se deja moldear por las fuerzas de grupos dominantes. Ahora bien, nos dirá esta autora, en la ética individualista, a la que se denomina así 'con todo derecho', el individuo es siempre la meta, es su principio fundamental. No quiere esto decir que sea un individuo 'concedor del bien y del mal'. Por supuesto que no, es un 'individuo imperfecto, limitado, que necesita de los otros pero que debe defender su individualidad' hasta el final. Camps (1993) propone que el ciudadano responda a las dos vertientes del modelo estoico: reconocimiento de la razón universal y, al mismo tiempo, reconocimiento de lo que cada persona

tiene de diferente y de único. La ley, que es un freno a la naturaleza egoísta, también se preocupa por que se respeten los derechos individuales.

Si es cierto que la libertad se conjuga mal con la ley, no lo es menos que la ética exige libertad individual y universalidad.

Individualización e interdependencia

Individualismo e interdependencia se presentan habitualmente como dos facetas diametralmente opuestas, tanto en la concepción apresurada y 'ad hoc' que promueve una visión peyorativa del individualismo como en la más reflexiva y ponderada de Markus y Kitayama (1991). Contra esta corriente dominante se han alzado voces proclamando su compatibilidad. Se revisarán a continuación algunas de las más significativas, atendiendo a las implicaciones que los argumentos esgrimidos encierran para una correcta comprensión de las relaciones entre individualismo y Psicología Social. Se presenta, en primer lugar, la perspectiva sociológica de Ester, Halman y de Moor (1994). Estos autores analizan el proceso de individualización creciente en las sociedades occidentales, pilar sobre el que se asienta, según ellos, la 'ética del compromiso'. Se pasa, a continuación, a exponer la aportación de Waterman (1981), que muestra la implicación mutua de interdependencia e individualismo en una amplia serie de investigaciones psicológicas. Finalmente, se examina el enfoque de Fiske y cols. (1998), cuya novedad estriba en la consideración de aspectos transculturales.

Ester, Halman and de Moor (1994) definen el 'proceso de individualización' como la 'autonomía creciente de los individuos a la hora de desarrollar sus propios valores y normas, que se separan cada vez más de los sistemas tradicionales e institucionalizados de valor'. Con el avance de la individualización, 'la autorealización y la felicidad personal se convierten en el núcleo de la selección y del desarrollo de valores' (1994, p. 1). La esencia del proceso de individualización parece ser el hecho de que los 'valores, creencias, actitudes y conductas se basan cada vez más en la elección personal y dependen menos de la tradición y de las instituciones sociales'.

Una definición tan amplia conjuga acepciones diferentes del término 'individualización'. La primera apunta a la reivindicación del 'valor supremo de cada individuo' como 'objetivo último de las sociedades democráticas'. En segundo lugar cabría hablar de 'la felicidad personal' y de 'la autodeterminación'. Ambas están estrechamente relacionadas, ya que reconocer 'la importancia predominante del valor de felicidad personal y de intereses personales' es una buena base para poder aspirar a 'la ampliación del espacio de libre elección de la conducta' (1994, p. 17). Tras esta aproximación a la definición de la 'individualización', los autores citados esbozan algunas de sus implicaciones. La individualización va acompañada por cambios sociales importantes en el sentido de una mayor liberalización de los estilos de vida en la sociedad, singularmente dentro de estos dominios: a) religión, b) moralidad, c) política, d) trabajo y e) relaciones primarias. A continuación se expondrá brevemente el impacto de la individualización sobre cada uno de estos dominios.

a) Religión: aquí la palabra clave es la secularización, entendiendo por tal la pérdida paulatina de significado de las actividades e instituciones religiosas para la población. En los estudios más recientes se detecta una tendencia a que todo lo tradicionalmente asociado a la religión vaya desapareciendo o siendo sustituido por actividades individuales. Son muchas las personas que han dejado de sentir la necesidad de recurrir a creencias religiosas para explicar el universo y el sentido de la vida y de la existencia (Ester y cols., 1994, pp. 8-9). No se debería interpretar esta tendencia como una pérdida del sentimiento religioso. Sería más exacto decir que éste no se expresa ni se manifiesta ya a través del canal institucional de la iglesia (1994, p. 42). También cometería un error quien confundiese individualización y secularización. Ambos pro-

cesos están relacionados pero son diferentes entre sí. En el dominio religioso, individualización significa exclusivamente ausencia de apoyo comunitario para las actividades eclesíásticas institucionales. Secularización, en cambio, significa el abandono de una interpretación religiosa del mundo (1994, p. 43).

b) Moralidad: la iglesia solía ser la única institución con voz sobre los llamados valores 'morales', especialmente los relativos a la sexualidad y la moralidad cívica. De esta forma, disponía de una plataforma idónea para la emisión de normas sobre cuestiones como el divorcio, la homosexualidad y el aborto. Para capas cada vez más numerosas de la población, esta situación ha experimentado un cambio radical, ya que las conductas relacionadas con los aspectos citados han dejado de seguir las directrices inspiradas por la religión (1994, p. 10).

c) Política: desde la perspectiva de Ester y cols. (1994, p. 69), el dominio político reviste una gran complejidad. Por una parte, incluye aspectos relacionados con tres tipos de valores políticos de carácter general: 'la orientación derecha-izquierda, el individualismo económico y cultural y el postmaterialismo'. El primero dependía tradicionalmente de la clase social. En la actualidad, ésta no resulta tan determinante. Recuérdese que la individualización trae consigo un incremento en el espacio de la elección individual que, lógicamente, desemboca en una cierta fragmentación política y una relativa 'desintegración de perfiles políticos que antes resultaban coherentes' (1994, p. 73). El individualismo económico se deduce de la valoración que se hace de la iniciativa empresarial y el principio de 'pago según mérito'. El individualismo cultural tiene que ver con el respeto que se manifiesta hacia la autoridad y con la disposición a obedecer instrucciones con las que no se está de acuerdo (1994, pp. 75-76). El postmaterialismo se infiere de las respuestas a preguntas sobre la importancia que se concede al mantenimiento del orden, al grado de participación ciudadana en las decisiones políticas, a la lucha para frenar el aumento de los precios y, finalmente, a la protección de la libertad de opinión (1994, pp. 78-80).

Por otra parte, el dominio político incluye actitudes hacia grupos o instituciones concretas. Aquí conviene establecer una distinción entre proceso y contenido de la individualización. Como proceso, significa que las orientaciones políticas son algo que tiene que ver cada vez más con elecciones personales. La individualización, al implicar la emancipación del ciudadano individual, genera en éste un aumento de la confianza en sí mismo, que, a su vez, tiende a desembocar en una mayor participación política. Esta puede ser incluso no institucional, en aquellos casos en que ese aumento de la confianza en sí mismo coincide con un descenso de la confianza en las instituciones democráticas (Ester y cols. 1994, pp. 73-74). Como contenido, la individualización comprende dos tipos de actitudes políticas. En primer lugar, una menor favorabilidad hacia las instituciones, tanto democráticas (sindicatos, prensa, parlamento, sistema legal) como autoritarias (iglesia, fuerzas armadas, policía), lo que se traduciría en un descenso de la confianza en ellas. En segundo lugar, existe la expectativa de que aumente la tolerancia hacia grupos sociales específicos como las minorías étnicas (Ester y cols., 1994, pp. 76-78).

d) Trabajo: se espera que el acento en el propio desarrollo personal y en la autorealización se exprese en un interés, por así decir, intrínseco en el trabajo. Paradójicamente, la individualización también se puede expresar a través de una preferencia por situaciones de trabajo sin excesivas exigencias.

e) Relaciones primarias: se constata un apoyo a formas alternativas de convivencia. La maternidad no se concibe como el destino único de las mujeres y la decisión de renunciar a tener hijos se acepta sin mayores problemas así como la maternidad fuera del matrimonio. En general, se admiten estilos de vida individualizados y más liberales (1994, pp. 13-14).

El impacto del proceso de individualización en los cinco dominios considerados sugieren a Ester y cols. (1994, p. 8) que, si bien es posible que la individualización lleve al hedonismo y al consumismo, resulta más probable que conduzca a una 'ética del compromiso', precisamente porque incrementa la necesidad de los contactos personales y de la implicación mutua. No

existirían sociedades democráticas sin 'gobierno democrático, autodeterminación e imperio de la ley'. Ahora bien, la fuente misma de estos valores democráticos hay que encontrarla en el valor supremo de cada individuo.

Desde una perspectiva psicológica, Waterman (1981, pp. 766-768) coincide con los autores anteriores en subrayar la vinculación entre individualismo e interdependencia. Si una persona se dedica a cultivar sus propios valores y potencialidades individuales, el resultado será un beneficio para la sociedad. Así es como se producen generalmente los avances en las actividades más propiamente humanas, como el arte, la ciencia y el resto de productos culturales. Aunque en un análisis superficial parezca paradójico, las potencialidades individuales y singulares se suelen expresar de una forma colectiva y, de este modo, repercuten en el beneficio de todos. De forma complementaria, conviene subrayar que la interdependencia y la cooperación se asientan en la confianza mutua y que ésta depende de una orientación de valor individualista, ya que es más probable que la confianza surja cuando la persona se considera competente, cuando esa actividad coordinada que se le propone es voluntaria y cuando le resulta viable contribuir de forma personalizada al producto colectivo final. Por último, no existe en la práctica el individuo 'autosuficiente'. Nadie puede llegar a acumular el conocimiento, las habilidades y las cualidades que son necesarias para la consecución de los objetivos personales. Además, involucrarse en actividades con otras personas genera un plus de satisfacción personal, ya que el mero hecho de compartir experiencias con personas a las que uno se siente unido genera mayor gratificación personal.

El enfoque de Fiske y cols. (1998, pp. 924-926) está dotado de un elevado rigor conceptual y parte de un examen detallado de datos transculturales. Advierten que independencia no equivale necesariamente a egoísmo, competitividad o materialismo y que, paralelamente, la interdependencia no excluye motivaciones orientadas a la consecución de beneficios, siempre que éstos vayan a parar al propio grupo. Recogiendo el espíritu de una distinción clásica, trazada en su día por Kluckhohn y Strodtbeck (1961), separan la 'individualidad' de la independencia. La primera vendría ser la tolerancia que permite, por ejemplo, la excentricidad, y también el apoyo prestado al desarrollo y a la expresión de la creatividad. La segunda, que se corresponde con el 'individualismo' de Kluckhohn y Strodtbeck, apunta más bien a la autonomía para perseguir objetivos personales, a costa, incluso, de sacrificar vínculos con allegados o grupos. Individualidad e independencia pueden darse juntas en la misma cultura pero también pueden existir la una sin la otra.

Interdependencia no es sinónimo de conformidad o uniformidad. Se necesita una gran sensibilidad para involucrarse en relaciones sociales y esta sensibilidad, según Fiske y cols. (1998), se erige sobre un sentido del propio yo bien desarrollado y delimitado con respecto a los demás. En otras palabras, si una persona interdependiente se caracteriza primordialmente por su orientación hacia las relaciones sociales, ello no implica que se despreocupe de su propio valor personal. Y así lo han puesto de manifiesto las investigaciones relevantes. El control de la evaluación pública de la propia conducta y la tendencia a la autoevaluación son aspectos que se encuentran muy frecuentemente en las personas interdependientes. Estas pueden ser también muy competitivas si lo que está en juego es su status o posición social. Fiske y cols. (1998) insisten, por tanto, en que debe renunciarse a la idea tópica según la cual interdependencia es pérdida del propio yo, fusión del propio yo con los demás o ausencia de intereses propios.

Es igualmente incorrecto identificar interdependencia con armonía o afecto positivo. Puede haber generosidad, cortesía e incluso encanto sin afecto positivo y sin confianza mutua. De hecho, es habitual encontrar la interdependencia acompañada de una fuerte tensión social. Una interdependencia elevada hace que resulte difícil expresar las diferencias interpersonales que, sin duda, existen en cualquier sociedad y tiende a bloquear, consiguientemente, la resolución del conflicto. Donde florece la interdependencia, florecen también el resentimiento y la envidia.

La investigación transcultural ha constatado repetidamente que es precisamente en las sociedades más interdependientes donde las desgracias propias se suelen atribuir a la intervención de personas conocidas.

Interdependencia no significa centrarse en todas las relaciones por igual. Existen muchos ejemplos de sociedades con elevada interdependencia en los grupos primarios, en las que, al mismo tiempo, se detecta una ausencia total de cualquier sentido de responsabilidad por los que no forman parte de esos grupos. Independencia no significa ausencia de sociabilidad. En la medida en que se basa en 'un complejo de relaciones, instituciones y prácticas locales que hacen 'libres' a las personas', proporciona a éstas opciones y alternativas. En muchos sentidos, la independencia es una forma particular de interdependencia, aquélla en la que se construyen las relaciones sociales como voluntarias y no originales.

Sugerencias para el estudio del individualismo en Psicología Social

Algunas de las ideas expresadas en los apartados anteriores, sintetizadas aquí a modo de sugerencias, ayudarán tal vez a mirar con nuevos ojos el individualismo en la Psicología Social.

a) El individualismo es una noción compleja, por lo que conviene alejar su estudio de visiones estrictamente monolíticas. Además de las acepciones que se han revisado en este trabajo, Lukes (1975) distingue y analiza nada menos que once tipos de individualismo diferente, cada uno de ellos con sus características propias. Arias (1998) explora el papel del individualismo en el estudio de la historia (Iglesias, 1991), de la psicología de la personalidad (Avia, 1995), de la ética (Camps, 1993) y de la Sociología (Béjar, 1992, 1993), lo que le permite dibujar un panorama de gran riqueza conceptual.

b) Los apriorismos evaluativos no parecen contribuir al esclarecimiento del auténtico significado del individualismo. Parece más aconsejable que la condena o, en su caso el elogio, surja del análisis intelectual de esta cuestión y no a la inversa. Estas dos sugerencias (a y b) se deducen de la lectura del presente trabajo.

c) Algunos datos obtenidos en la investigación transcultural avalan el papel del individualismo en la caracterización global de culturas y en el establecimiento de comparaciones transculturales. Otros datos complementarios ponen de relieve la existencia de diferencias subculturales. Dicho de otro modo, admitir la existencia de una dimensión cultural de individualismo no equivale a presuponer que su variabilidad intracultural sea igual a cero. Esta sugerencia surge de la lectura del trabajo de Esther López-Zafra incluido en este mismo volumen.

d) La evidencia empírica obtenida de muchos estudios, como los incluidos en el volumen de Kim y cols. (1994), Smith y Bond (1993), Bierbrauer y Pedersen (1996) y Cialdini y cols. (1999), entre otros, parece poner de relieve que el individualismo, más allá de su función clasificatoria o taxonómica de culturas, personas o prácticas sociales, tiene una cierta funcionalidad social. Se es individualista, o se exhibe un comportamiento individualista para conseguir unos determinados objetivos, o como respuesta a unas determinadas condiciones del contexto. Se trata de una sugerencia que también cabe extraer de la lectura del trabajo de Molero y cols. en este mismo volumen.

e) El punto anterior introduce una nueva idea: parece aconsejable renunciar al estudio del individualismo como un fenómeno aislado. Lo lógico sería estudiarlo en conexión con otros valores u orientaciones sociales con los que está relacionado. Esa es la fructífera perspectiva adoptada por Schwartz (1992, 1994, Schwartz y Ros, 1996). Es asimismo el objetivo del trabajo de Gómez y Martínez-Sánchez en este volumen.

f) Se puede ser individualista de muchas modos diferentes y por motivos diferentes. Por tanto, las implicaciones de ser individualista también variarán.

Conclusion

La noción misma de 'individualismo' resulta difícilmente aceptable para un conjunto de autores que reivindican su sustitución por el concepto de 'persona'. Así, por ejemplo, Beauvois (1999, pp. 15-18) considera que un importante logro del pensamiento occidental es la elaboración del concepto de persona, en tanto que unidad integradora de todas las experiencias de un ser humano, sean éstas históricas o biológicas, psicológicas o sociales, espirituales o materiales. El conocimiento de tal unidad es una condición previa de la conciencia del propio yo y la 'personalidad' su forma particular y visible. Pero todo ello, advierte también Beauvois (1999), no garantiza que la noción de persona sea universal. Como ya se ha dicho, su uso se circunscribe a Occidente. Ahora bien, frente a la acrisolada tradición de la noción de 'persona', ha surgido recientemente, siempre según Beauvois (1999), la de 'individuo' liberal. Esta, que no pasa de ser una 'caricatura' de aquélla, desemboca en el establecimiento de una funesta oposición entre individuo y sociedad. Por si fuera poco, muchos autores, por razones estrictamente ideológicas, la utilizan para crear una dimensión bipolar que pretenden hacer pasar como universal. Su aplicación a las comparaciones transculturales, siguiendo los pasos pioneros de Hofstede (1980), sólo ha podido traducirse en un notable empobrecimiento intelectual, a la vez que ofrece un ejemplo preclaro de etnocentrismo, en la medida en que presupone que el 'individuo' liberal tiene un estatuto universal.

La crítica de Beauvois (1999) y otros autores al individualismo es, sin duda, muy justificada. Sin embargo, aceptar la crítica no significa abandonar el estudio de esta cuestión. Como se ha visto, el individualismo interpela a la Psicología Social desde hace tiempo y no ha dejado de hacerlo en los años recientes. No parece un problema que se pueda resolver cerrando la puerta, porque todo apunta a que acabaría colándose por la ventana.

Referencias

- Allport, F.H., 1924a, *Social Psychology*, Boston, Houghton Mifflin
- Allport, F.H., 1924b, The group fallacy in relation to social science, *American Journal of Sociology*, 29, pp. 688-701 (versión castellana en *Revista de Psicología Social*, 1985, 0, pp. 71-81)
- Arias, A., 1998, individualismo-colectivismo: fuera de los límites del tratamiento psicossocial, *Revista de Psicología Social*, 13, pp. 141-148
- Asch, S.E., 1972, *Psicología Social*, Buenos Aires, Eudema (6ª ed., publicado originalmente en 1952)
- Avia, M.D. 1995, El yo privado y el individualismo: consideraciones históricas y culturales, en M.D. Avia y M.L. Sánchez-Bernardos (eds.), *Personalidad: Aspectos cognitivos y sociales*, Madrid, Pirámide
- Beauvois, J.L. 1999, Les composantes collectives de la personne, en J.L. Beauvois, N. Dubois y W. Doise (eds.), *La construction sociale de la personne*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, pp. 5-18
- Béjar, H., 1992, Una figura de la moral privada: la autarquía, en C. Moya y cols, (eds.), *Escritos de Teoría Sociológica en homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, Madrid, CIS, pp. 123-134
- Béjar, H., 1993, *La cultura del yo*, Madrid, Alianza
- Bierbrauer, G., Meyer, H. y Wolfradt, U., 1994, Measurement of normative and evaluative aspects in individualistic and collectivistic orientations: The Cultural Orientation Scale (COS), in U. Kim y cols. (eds.), *Individualism and Collectivism: Theory, Method and Applications*, Thousand Oaks, Sage, pp. 189-199
- Bierbrauer, G. y Pedersen, P., 1996, Culture and Migration, in G.R. Semin y K. Fiedler (eds.), *Applied Social Psychology*, Londres, Sage, pp. 399-421
- Bond, M.H., 1998, Social Psychology across cultures: two ways forward, en J.G. Adair, D. Bélanger y K.L. Dion (eds.), *Advances in Psychological Science. Volume 1: Social, Personal and Cultural Aspects*, Hove, Psychology Press, pp. 137-150
- Bourhis, R.Y., Sachdev, I. y Gagnon, A., 1996, Las matrices de Tajfel como un instrumento para realizar investigación intergrupar, en J.F. Morales, D. Páez, J.C. Deschamps y S. Worchele (eds.), *Identidad Social: Aproximaciones psicosociales a los grupos y a las relaciones entre grupos*, Valencia, Promolibro, pp. 61-102
- Broughton, J.M., 1986, The psychology, history, and ideology of the self, en K.S. Larsen (ed.), *Dialectics*

- and *Ideology in Psychology*, Norwood, Ablex Pub. Co., pp. 128-164
- Camps, V., 1993, *Paradojas del individualismo*, Barcelona, Crítica
- Cha, J.H., 1994, Aspects of Individualism and Collectivism in Korea, in U. Kim y cols. (eds.), *Individualism and Collectivism: Theory, Method and Applications*, Thousand Oaks, Sage, pp. 157-174
- Cialdini, R.B., Wosinska, W., Barrett, D.W., Butner, J. y Gornik-Durose, M., 1999, Compliance with a request in two cultures: The differential influence of social proof and commitment/consistency on collectivists and individualists, *Personality and Social Psychology Bulletin*, 25, pp. 1242-1253
- Collier, G., Minton, H.L. y Reynolds, G. (eds.), 1996, *Escenarios y Tendencias de la Psicología Social*, Madrid, Tecnos
- Ester, P. Halman, L. y de Moor, R. (eds.), 1994, *The Individualizing Society: Value Change in Europe and North America*, Tilburg, Tilburg University Press
- Fiske, A.P., Kitayama, S., Markus, H. y Nisbett, R.E., 1998, The cultural matrix of social psychology, en D.T. Gilbert, S.T. Fiske y G. Lindzey, G. (eds.), *The Handbook of Social Psychology*, Nueva York, McGraw Hill, 4ª Ed., pp. 915-981
- Graumann, C.F., 1986, The individualization of the social and desocialization of the individual: F.H. Allport's contribution to social psychology, en C.F. Graumann y S. Moscovici (eds.), *Changing Conceptions of Crowd Mind and Behavior*, Nueva York, Springer Verlag, pp. 97-116
- Hinkle, S. y Brown, R.J., 1990, Intergroup comparisons and social identity: Some links and lacunae, en D. Abrams y M. Hogg (eds.), *Social identity theory: Constructive and critical advances*, New York, Harvester/Wheatsheaf
- Hofstede, G., 1980, *Culture's Consequences: International Differences in Work Related Values*, Beverly Hills, Sage
- Iglesias, C., 1991, *Individualismo noble, individualismo burgués*. Madrid, Real Academia de la Historia
- Kim, U., Triandis, H.C., Kagitçibasi, Ç, Choi, S. y Yoon, G. (eds.), 1994, *Individualism and Collectivism: Theory, Method and Applications*, Thousand Oaks, Sage
- Kluckhohn, F. y Strodtbeck, F., 1961, *Variations in value orientations*, Evanston, Row, Peterson
- Larsen, K.S. (ed.), 1986, *Dialectics and Ideology in Psychology*, Norwood, Ablex Pub. Co.
- Lubek, I., 1986, Fifty years of frustration and aggression: Some historical notes on a long-lived hypothesis, en K.S. Larsen (ed.), *Dialectics and Ideology in Psychology*, Norwood, Ablex Pub. Co., pp. 30-84
- Lukes, S., 1975, *El individualismo*, Barcelona, Península
- Markus, H.R. y Kitayama, S., 1991, Culture and the Self: Implications for Cognition, Emotion and Motivation, *Psychological Review*, 98, 2, pp. 224-253
- Markus, H.R., Kitayama, S. y Heimann R.J., 1996, Culture and 'basic' psychological principles, en E.T. Higgins and A.W. Kruglanski (eds.), *Social Psychology: Handbook of Basic Principles*, Nueva York, Guilford Press
- Mishra, R.C., 1994, Individualist and collectivist orientations across generations, in U. Kim y cols. (eds.), *Individualism and Collectivism: Theory, Method and Applications*, Thousand Oaks, Sage, pp. 225-238
- Morales, J.F., 1996, Innovación y tradición en el estudio de los grupos, en S. Ayestarán (ed.), *El grupo como construcción social*, Barcelona, Plural, pp. 23-33
- Morales, J.F., López-Sáez, M. y Vega, L., 1998, Discrimination and beliefs in Discrimination in Individualists and Collectivists, en S. Worchel, J.F. Morales, D. Páez y S. Worchel (eds.), *Social Identity: International Perspectives*, Londres, Sage, pp. 199-210
- Muguerza, J., 1998, *El puesto del Hombre en la Cosmópolis*, Madrid, UNED
- Nozick, R., 1974, *Anxiety, state, and utopia*, Nueva York, Basic Books
- Pepitone, A., 1976, Toward a normative and comparative biocultural social psychology, *Journal of Personality and Social Psychology*, 34, pp. 641-653
- Pepitone, A., 1981, Lessons from the history of social psychology, *American Psychologist*, 36, pp. 972-985
- Rappoport, L., 1986, Renaming the world: On psychology and the decline of positive science, en K.S. Larsen (ed.), *Dialectics and Ideology in Psychology*, Norwood, Ablex Pub. Co., pp. 167-195
- Sampson, E.E., 1977, Psychology and the American ideal, *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, pp. 767-782
- Sampson, E.E., 1978, Scientific paradigms and social values: Wanted - A scientific revolution *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, pp. 1332-1343
- Sampson, E.E., 1981, Cognitive Psychology as Ideology, *American Psychologist*, 36, pp. 730-743
- Sampson, E.E., 1983, Deconstructing psychology's subject, *Journal of Mind and Behavior*, 4, pp. 135-164
- Sampson, E.E., 1989, The deconstruction of the self, en J. Shotter y K.J. Gergen (eds.), *Texts of Identity*, Londres, Sage
- Schwartz, S.H., 1992, Universals in the Content and Structure of Values: Theoretical advances and empirical tests in 20 countries, in M.P. Zanna (ed.), *Advances in Experimental Social Psychology*, vol. 25, San Diego, Academic
- Schwartz, S. H., 1994, Beyond Individualism/Collectivism: New Cultural Dimensions of Values, en U. Kim y cols. (eds.), *Individualism and Collectivism: Theory, Method and Applications*, Thousand Oaks, SAGE, pp. 85-119
- Schwartz, S.H. y Ros, M., 1996, Values in the West: a Theoretical and Empirical Challenge to the Individualism-Collectivism cultural dimension, *World Psychology*, 2, pp. 91-122
- Semin, G.R. y Rubini, M., 1990, Unfolding the concept of person by verbal abuse, *European Journal of Social Psychology*, 20, pp. 463-474
- Smith, P.B. y Bond, M.H., 1993, *Social Psychology across cultures*. Londres, Harvester Wheatsheaf
- Triandis, H.C., 1994, Theoretical and Methodological Approaches to the study of collectivism and individualism, in U. Kim y cols. (eds.), *Individualism and Collectivism: Theory, Method and Applications*, Thousand Oaks, Sage, pp. 41-51

- Turner, 1981, The experimental social psychology of intergroup behavior, en J.C. Turner y H. Giles (eds.), *Intergroup behaviour*, Oxford, Blackwell
- Turner, J.C. y cols., 1987, *Rediscovering the Social Group*, Oxford, Blackwell (existe versión castellana en Editorial Morata, Madrid, 1989).
- Turner, J.C., 1999, Introducción: el campo de la Psicología Social, en J.F. Morales y cols. (eds.), *Psicología Social*, Madrid, McGraw Hill, pp. 2-11
- Waterman, A., 1981, Individualism and Interdependence, *American Psychologist*, 36, pp. 762-773
- Watkins, D., Adair, J., Akande, A., Gerong, A. McNerney, D., Sunar, D., Watson, S., Wen, Q.F. y Wondimu, H., 1995, *Individualism-Collectivism, gender and the self-concept*, Manuscrito inédito, Universidad de Hong Kong
- Wilde, O., 1891, The soul of man under socialism, *The Fortnightly Review*, No. CCXC, New Series, No. CCCXXVII, Old Series, (Reimpreso en O. Wilde (ed.), 1986, *De Profundis and other writings*, Londres, Penguin Books, pp. 17-54)